

Diez días de reinado

Una dinastía de Guaymallén

Cuando las crónicas de la fiesta de la Vendimia llenan columnas y columnas de los diarios y ocupan largos espacios de la radio y la televisión, señalan sin duda el homenaje de toda una región y del país a la producción vitivinícola y a todos quienes participan en ese proceso de esfuerzo, tison y, principalmente, nobieza.

Las mismas crónicas, desde principios de enero de cada año —y undamentalmente en Mendoza— hablan de la belleza de las mujeres mendocinas, de sus jóvenes que aportan a la gran fiesta su cetro y su corona de esfuerzo y cometen a belleza. Y esas crónicas señalan edades y otros datos de las jóvenes reinas de tal o cual unión vecinal, o club, luego de distintos, finalmente de departamentos.

Ya en este nivel —generalmente al promediar febrero— aún poco conocemos de nuestras reinas.

Pero cuando, de repente, a menos de dos horas de haber sido electa Reina Nacional de la Vendimia, con 17 años recién cumplidos, con la emoción sin límite —que perdurará toda mi vida— nada menos— con los requerimientos de periodistas, público, funcionarios y fa-

miliares deslumbrados y locos de contento, esa reina dice al cronista —ya muy de madrugada—: «Pienso recibirme en el profesorado de inglés y ejercer de traductora también y después realizarme como mujer».

La crónica deja de ser general, propia de la celebración, para encontrarnos no sólo con una reina sino con alguien que a los 17 años —insistimos en modo del farfallo— sabe cuáles son sus responsabilidades actuales y afirma con fe cuáles son sus metas a cumplir.

Así es Patricia Mónica Castro, quien como mujer ya se está realizando no por su reinado —que viene a completar la idea— sino porque con su inteligencia está ubicada sin duda en la comunidad que la rodea, en su país —lo dijo al micrófono y para los miles que la aplaudían minutos después de su coronación— y, fundamentalmente, en su familia. Para más es hija de Reina de la Vendimia y así crea la dinastía simbólica y sinuosa. Y si algo se quiere agregar: aquí, la reina de la Vendimia de 1971, Violeta Marina M. Castro, su madre, con su esposo señor Roberto Castro, tienen nada más y nada menos que siete hijos.



Momento supremo: la señora esposa del presidente Videla le corona.



Instantes de gran emoción en el palco vendimial.

«Será que la crianza y educación de muchos hijos, de una familia numerosa tiene características especiales de formación? Algo así como un trabajo en equipo? Que cuando nacieron, bien, sus resultados suelen ser optimos?

Como, por ejemplo, brindarles una mendocina que además de bella, simpática, esbelta, en fin las condiciones de reina de la belleza, agrega inteligencia, responsabilidad y la desarrollará necesaria para ser representante de toda una actividad —de una provincia—.

En el «accidente» de estos últimos días que la conocemos, añadamos a los más de lo que dijo la noche de su coronación: «Deseo paz y prosperidad y deseo a los mendocinos que siempre se acerquen a Dios y rueguen por nuestra Patria para que rinda la armonía, la comprensión y para que el esfuerzo productivo de sus hijos haga del nuestro un país grande y próspero, para que alcemos esfuerzos por el engrandecimiento de nuestra patria chica, esta Mendoza que todos amamos».

En el mediodía de la noche de su coronación, alguien había dicho también, a modo de reflexión: «Yo les agradezco a los argentinos que nos honraron con su comprensión para poner el país de pie y convengo a los argentinos —con este esfuerzo y con este espíritu que demuestran los mendocinos— los convoco a los argentinos a ponerse en marcha, añadiendo al objetivo de hacer el país que todos deseamos, para nuestros hijos y aun para nuestros nietos».

Quien así se había expresado, era el presidente de la Nación.

Es decir, quizás, que la Reina de la Vendimia —bienfutura— válida como la que más por su juventud y por lo que representa —ya estaba respondiendo a la máxima autoridad nacional, no sólo con expresiones responsables y decididas, sino que a su particular voluntad corroboraba afirmaciones que a la par de coincidentes, no sólo son una convocatoria sino un sentimiento hondo y honesto de lo que significa y debe ser el hombre, el argentino, el mendocino.

Es de esta manera que cuando al trazar la semblanza de una reina, de la que tanto se habla en estos días siguientes a su elección, el redactor se encuentra con este tipo de personalidad y sigue recordando a cada instante sus escasos 17 años, cuando se celebró que tiene ojos pardos —color miel—, una crinola —es esbelta, cabellos negros y piel trigueña y es tanto de alta y sus medidas son de tanto y cuantos, que en cuenta de haberse topado no con «la bella representante vendimial» como más de una vez la llamarán durante su reinado de un año, sino ante una representante de la vitivinicultura y de Mendoza, sin aditamentos. Quizás, si hubiera que

calificarla, habría que decir «fuerza representante». Pero, sencillamente, es nuestra representante.

Esta nueva responsabilidad que Patricia Mónica asumió la noche del sábado 4, tiene

una historia breve e intensa. Como su vida de 17 años desde el 11 de diciembre de 1954 cuando nace en Mendoza, cinco años después que su madre dejara el cetro vendimial. Le conocemos como representante de

Villa Nueva, en Guaymallén y como candidata al trono departamental con otras 11 jóvenes. La cuestión se iba a dilucidar en la «Vendimia del Cuyo». Corrían los primeros días de la segunda quincena de enero. Guaymallén como pareciera ser tradicional, se adelantaba al resto de los departamentos para elegir su reina antes que todos. Ello sucede el sábado 28 de ese mes. Recordamos en esa oportunidad —claro está, ya el hecho tenía cada vez más posibilidades ciertas— que había sido elegida reina departamental, la hija de una Reina de la Vendimia. Nos visitó en LOS ANDES. Era sin más intensos sus 17 años: su cetro secundario a punto de terminar en la Escuela de Comercio Manuel Belgrano; su profesorado de inglés en un establecimiento terciario de la Universidad Nacional de Cuyo; asidua lectora; deportista y música variada; guitarrista y cantante. Los padres sencillamente se unieron en su toro. Sus hermanos chicos con la número tres de la serie. Hubo así de transcurrir poco más de un mes, más intenso aún, para que aquella posibilidad de la reina hija de reina se diera en la realidad y para regocijo de todos.

Vendrá seguramente un año quizá más intenso que los 17 de Patricia Mónica y que el mes y medio que la lleve al trono. Como lo ha dicho no podrá olvidarlo. Pero lo que con toda seguridad Mendoza no va a olvidar es tanta satisfacción por tener una reina, una representante a secas como decíamos, de sus condiciones humanas, de personalidad singular, inteligente y con la vivacidad de su juventud que nos lleva de la mano a la absoluta confianza en su responsabilidad. Fiel representante de Mendoza y de Guaymallén.